

Els dijous del



Cineclub

Estrenes | 13 de desembre de 2011 | Horari: 20.00 i 22.30 h

Le Havre

(2011, El Havre), Aki Kaurismäki

Sinopsi

Marcel Marx, escritor y bohemio empedernido, se ha autoexiliado a la ciudad de El Havre (noroeste de Francia), donde siente que está más cerca de la gente después de adoptar el honrado oficio de limpiabotas. Vive felizmente dentro de un triángulo compuesto por su bar preferido, su trabajo y su esposa Arletty. Protege a Idrissa, emigrante menor de edad llegado del África negra.



Fitxa artística

André Wilms	Marcel Marx
Katy Outinen	Arletty
Jean-Pierre Darroussin ...	Monet
Blonding Miguel	Idrissa
Elina Salo	Claire
Evelyne Didi	Yvette
Quoc-Dung Nguyen	Chang
Robert Piazza	Little Bob
Pierre Étaix	Doctor Becker
Jean Pierre Léaud	Delator

Fitxa tècnica

Director	Aki Kaurismäki
Guió	Aki Kaurismäki
Producció	Aki Kaurismäki
Fotografia	TimoSalminen
Muntatge	TimoLinnasalo
Vestuari	Fred Malmberg
Durada	93 min
Any	2011

El director Aki Kaurismäki

(Orimattila, Finlandia, 1957) Ha realizado los largometrajes *Crimen y castigo* (*Rikos ja rangaistus*, 1983), *Calamari Union* (1985), *Sombras en el paraíso* (*Varjoja paratiisissa*, 1986), *Hamlet vuelve a los negocios* (*Hamlet liikemaailmassa*, 1987), *Ariel* (1988), Premio FIPRESCI en el Festival de Moscú; *Leningrad Cowboys go America* (1989), *La chica de la fábrica de cerillas* (*Tulitikkutehtaan tyttö*, 1990), *Contraté a un asesino a sueldo* (*I hired a Contract killer*, 1990), *La vida de bohemia* (*La vie de bohème*, 1992), *Agárrate el pañuelo*, *Tatiana* (*Pidä huivista kiinni, Tatjana*, 1994), *Los vaqueros de Leningrado conocen a Moisés* (*Leningrad Cowboys Meet Moses*, 1994), *Nubes pasajeras* (*Kauas pilvet karkaavat*, 1996), *Juha* (1999), *Un hombre sin pasado* (*Miles vailla menneisyyttä*, 2002), Gran Premio del Jurado en el Festival de Cannes; *Luces al atardecer* (*Laitakaupungin valot*, 2006) y *El Havre* (*Le Havre*, 2011).

Crítica

“La fraternidad es una de las más bellas invenciones de la hipocresía social” GUSTAVE FLAUBERT

Para hablar de *Le Havre*, no podía empezar de otra manera que citando a uno de los más insignes escritores franceses, porque la película de Kaurismäki, amén de otras cuestiones que plantearémos en esta crítica, es un homenaje a la cultura francesa, de la que el cineasta finés es un amante incuestionable. La cinta está llena de múltiples referencias y homenajes que van desde el cine y el realismo poético de los años treinta y cuarenta -Jean Renoir, Marcel Carné, Jacques Becker, Jacques Prévert, Jean-Pierre Melville, pasando por la austeridad y el fuera de campo de Robert Bresson y el humor socarrón del gran Jacques Tati; por otras apropiaciones cinematográficas, como son el plano, el fuera de campo y los colores de Yasujiro Ozu; por esos curas hablando mientras les lustran sus zapatos, que podrían haber sido filmados por Luis Buñuel; por las obras-milagro de Cesare Zavattini y Vittorio de Sica o el humor de Chaplin o Keaton...- hasta la pintura y Monet, como se hace llamar uno de los personajes.

Kaurismäki recupera el personaje de Marcel Marx, del que ya dio buena cuenta en la extraordinaria *La vida*



de bohemia (*La vie de bohème*, 1992), aquel escritor que no lograba triunfar en un París en blanco y negro y que invertía en las primeras ediciones de Balzac los pocos francos de que disponía. Veinte años después, volvemos a cruzarnos con la vida de este humilde pero valeroso hombre. Ahora se ha convertido en limpiabotas y vive en una ciudad porteña, junto a su mujer enferma, en un barrio humilde de gentes corrientes. *Le Havre*, es una película de resistencia, una cinta a contracorriente, un cuento de hadas, donde la solidaridad y la fraternidad de sus personajes nos conmueven, hacen que nos miremos en este espejo de deformidades en que se ha convertido el estado del “bienestar” europeo. Una película necesaria, un grito de ilusión y de esperanza frente al desaliento y pesimismo que nos aniquila diariamente debido a las noticias económicas que nos llegan del capitalismo infernal de los señores de Europa. Kaurismäki ha hecho una película social, pero no al uso, como podrían ser las de Ken Loach o los hermanos Dardenne; el cine social del finés es otra cosa, está bañado de un humor cínico y grotesco, a veces de puro surrealismo, pero es un cine que cree en los seres humanos; que cree que dentro de esta barbarie que es la sociedad imperante, siempre quedan fisuras a las que uno puede agarrarse para no dejar de ser lo que es: un ser humano que desea vivir en

paz consigo mismo y con el mundo.

Kaurismäki nos devuelve lo mejor de nosotros mismos, donde todavía podemos salvarnos en medio de esta sinrazón en la que vivimos. Se ha esforzado en ofrecernos optimismo, en alentarnos, en creer que, aunque parezca que no, todavía es posible ser y vivir de otra manera. El cineasta finés es uno de los humanistas de nuestro tiempo, un hombre que a través de su obra nos muestra unos personajes que a simple vista no tienen nada, pero que en realidad tienen mucho más que lo que todos nosotros podríamos llegar a imaginar. Tal y como lo plantea el crítico Sergi Sánchez: “La desdramatización se transforma en cómica estilización, y hace que el mundo se represente a sí mismo con sus mejores trajes, los de la nobleza y humildad. Por eso los últimos planos de *Le Havre*, que ilustran el milagro de una resurrección, consiguen ser trascendentes sin pretenderlo: porque la vida es un ramo de violetas, una cama felizmente vacía, un cerezo en flor, un abrazo robado a la imaginación”.

Kaurismäki habla de uno de los problemas más tremendos y lamentables que asolan la vieja Europa: la inmigración; de seres desposeídos y hambrientos que se lanzan a una aventura, a veces mortal, para conseguir ser uno más en esa Europa del todo vale. Pero, gracias a su ha-

bilidad cinematográfica, el cineasta huye del panfleto, mira cara a cara esos personajes y no se plantea cuestiones de otra índole. Sólo se centra en los seres humanos y sus quehaceres diarios, como el policía que investiga al chico negro que ha huido, un personaje con muchas similitudes a aquel prefecto francés que interpretaba Claude Rains, en la inolvidable *Casablanca*, otra cinta que abogaba por la resistencia frente a la barbarie. Kaurismäki huye de la autoridad: no vemos la autoridad del agente, al que nos muestra fuera de campo; y de lo moderno: Marx no tiene televisión. El vecino delator utiliza el móvil para denunciar al chico negro –otro evocador homenaje, ya que es el actor Jean-Pierre Léaud, el niño de *Los 400 golpes* de Truffaut, quien lo interpreta, en un guiño del propio Kaurismäki, preguntándose qué fue de la vida de aquel muchacho-. El cineasta nos habla de humanidad, de seres anodinos, de desplazados, de bares corrientes donde van las personas corrientes.

Quisiera acabar deseándoles una buena sesión de cinematógrafo, como se decía antes, y citando las palabras de Kaurismäki: “No nos engañemos, la realidad no es así y dudo de que el mundo mejore con el tipo de humanidad que tenemos, pero esto es una película”.

José Antonio Pérez Guevara